

## En torno a Mictlantecuhtli\*

RAÚL DEL MORAL

---

*Este trabajo tiene como objetivo presentar algunas reflexiones en torno al llamado dios de la muerte mexicana, con base en algunas fuentes, en representaciones plásticas y en trabajos interpretativos anteriores, con el fin de proponer posibles líneas de investigación sobre este personaje.*

La caracterización de alguna deidad mesoamericana puede llevarse a cabo desde diversos puntos de vista; uno de ellos es el que se refiere a la importancia que tal deidad haya podido tener en un sentido cosmológico o, incluso, cosmogónico; otro puede ser la cercanía que dicho dios, o sus atributos y potencias, pueda tener con los diferentes ámbitos de la vida individual o social, del grupo o del mundo en su totalidad. Un trabajo más elaborado consistiría en precisar, al interior de una cultura determinada, la significación profunda de todo lo que implica un dios particular en un sistema simbólico-conceptual, para lo cual sería necesario conocer ampliamente tanto la cultura creadora de dicho sistema como a las otras deidades, con el fin de establecer el sitio del dios estudiado en el sistema global. Por otra parte, algo que también nos puede aportar datos básicos para alguna caracterización del dios, consiste en conocer el ámbito en el que éste se mueve, es decir, en el que habita y ejerce sus poderes y sus atributos. La forma y la posibilidad de llevar a cabo cual-

quiera de estas aproximaciones —u otras— depende, en gran medida, de la disponibilidad de datos en distintas fuentes, como pueden ser las representaciones plásticas, los textos históricos, los datos etnográficos, etcétera.

En esta breve aproximación al dios mexicana (o náhuatl, en general) Mictlantecuhtli, la lectura de diversas fuentes y de varias interpretaciones recientes que se han hecho acerca de ellas me ha permitido expresar solamente algunas ideas e hipótesis generales respecto de este dios; ideas que, por una parte, se pueden incluir en las diversas aproximaciones arriba mencionadas y que sólo implican líneas posibles de una verdadera investigación futura.

Después de revisar las fuentes que se mencionan en la bibliografía, y de notar la profusión y los sitios privilegiados en los que aparece la representación del Mictlantecuhtli en los códices, lo primero que salta a la vista es el hecho de que este dios debe tener una gran importancia en el esquema cosmológico mexicana, sobre todo si to-

mamos en consideración que la muerte forma parte fundamental del esquema vida-muerte-regeneración, y de otro tal vez más básico aún, el del juego de energías expresado en la oposición negativo-positivo.

Por otra parte, siempre se habla de Mictlantecuhtli como el dios de la muerte,<sup>1</sup> sin embargo, considero que es importante reflexionar en qué sentido lo es. ¿Es el dios que voluntariamente produce la muerte de un hombre, o sólo se le debe considerar como “el señor del Mictlan”?<sup>2</sup> Existe alguna evidencia que parece apuntar a que esta deidad o provoca o al menos es un “vehículo” del viaje del muerto al inframundo, lo que haría de Mictlantecuhtli un verdadero dios de la muerte, pues así lo expresa Sahagún en un pasaje de su *Historia general*, en el que nos relata que los familiares del recién difunto, hablándole, le dijeron: “ya os llevó el dios que se llama Mictlantecuhtli, y por otro nombre *Aculnahuácatl* o *Tzontémoc* y la diosa que se llama *Mictēcacihuatl*, ya os puso por su asiento...”<sup>3</sup>

A pesar de lo anterior, es notable el hecho de que en las fuentes Mictlantecuhtli sólo sea mencionado en contextos muy restringidos, como por ejemplo en el apéndice del tercer libro de la obra de Sahagún que acabo de citar anteriormente, donde se hace alusión a “los que iban al infierno y de sus obsequias”,<sup>4</sup> y no se menciona para nada en el libro dedicado a caracterizar a los distintos dioses, o en el que se ocupa de las fiestas dedicadas a cada uno de ellos. Esto podría ser particularmente significativo por el hecho de que los apartados mencionados tratan, incluso, acerca de dioses relativamente menores, como los específicos de algún oficio como la plumaria, la lapidaria, etcétera; así, parece muy raro que un cronista tan cuidadoso como Sahagún omita nada menos que a Mictlantecuhtli en estas secciones de su texto, cuando es uno de los personajes que recibe una atención particularmente amplia en las representaciones plásticas de los códices mexicanos.

La única mención a Mictlantecuhtli en conexión con una fiesta pública aparece en la “Relación de los edificios del gran templo de México”,<sup>5</sup>

donde Sahagún dice: “El séptimo edificio o *cu* se llamaba *Tlaxicco*.<sup>6</sup> En este *cu* mataban cada año un cautivo a honra del dios del infierno; matábanle en el mes que se llama *tititl*.<sup>7</sup> Después que le había muerto el sátrapa que llamaban *Tlillan tenamácatl* ponía fuego e incensaba delante de la estatua, y esto se hacía de noche”.<sup>8</sup> Aunque sí se habla de Mictlantecuhtli y se mencionan ciertos ritos relacionados con él en el apéndice del Libro III, cuando Sahagún relata un rito privado que se le practicaba a la persona en el momento de su muerte, que, además de varias otras cosas, consiste principalmente en amortajar al cadáver con una serie de “papeles”,

[...] y más daban al difunto todos los papeles que estaban aparejados poniéndolos ordenadamente ante él, diciendo: Veis aquí con qué habéis de pasar en medio de dos sierras que están encontrándose una con otra... con qué habéis de pasar el camino donde está una culebra guardando el camino... donde está la lagartija verde que se dice *xochitonal*... los ocho páramos... ocho collados... el viento de navajas que se llama *itzehecayan*... y en llegando los difuntos ante el diablo que se dice *Mictlantecuhtli* ofrecíanle y presentábanle los papeles que llevaban... A los ochenta días lo quemaban... porque decían que todas las ofrendas que hacían por los difuntos en este mundo, iban delante el diablo que se decía Mictlantecuhtli. [...] y así en este lugar del infierno que se llamaba *Chiconaumichtlan*, se acababan y fenecían los difuntos.<sup>9</sup>

También es importante mencionar que, principalmente respecto del texto de Sahagún, la mayoría de los investigadores consideran que sólo una parte de los hombres que morían iban al Mictlan, y eso dependía, en especial, de la forma de morir. En palabras de Mercedes de la Garza: “Para los nahuas, la energía vital de los hombres podía ir a cuatro lugares: el *Mictlan* o ‘lugar de los muertos’, llamado también *Ximobuayan* o ‘lugar de los descarnados’. El *Tlalocan* o ‘lugar del dios de la lluvia’. El *Tonatiuhibhuácatl* o ‘cielo del sol’; y el *Chichihuacuauhco* o donde está el ‘árbol nodriza’”.<sup>10</sup>



Fig. 1. Representación de Mictlantecuhtli en la lámina 15 del *Códice Borgia*.



Fig. 2. Representación de Mictlantecuhtli en la lámina 3 del *Códice Fejérváry-Mayer*.

Según algunas interpretaciones,<sup>11</sup> los hombres que morían de enfermedad eran los únicos que iban al Mictlan, en donde padecían diversas penalidades; por ejemplo, tenían que pasar entre dos montañas que chocaban entre sí; después, soportar un viento cortante o que acarreaba navajas, y finalmente, atravesar ocho niveles del inframundo; al llegar al noveno se encontraban con Mictlantecuhtli para, acto seguido, morir de manera definitiva, como nos dice el pasaje de Sahagún arriba citado. Este viaje, en el cual no se encuentra nada que sea grato, al parecer duraba cuatro años. Los otros sitios a los que se podía ir al morir no tienen las características desagradables del Mictlan y no terminan con la disolución del muerto. Por ejemplo, de los niños que morían prematuramente e iban al *Chichihuacuauhco* se dice:

Cuando ellos mueren no van allá, donde es horrendo, el lugar de los vientos cortantes, la región de los muertos. Van allá, a la casa de Tonacatecuhtli; viven en el jardín de Tonacatecuhtli; viven por el árbol de Tonacatecuhtli... No es en vano, oh hijo mío, que los niños sean enterrados frente a la troje, porque esto significa que ellos van a un buen lugar, un excelente lugar, porque ellos son aún como piedras verdes preciosas...<sup>12</sup>

Por otra parte, tampoco se menciona a Mictlantecuhtli cuando se habla de los atavíos de los dioses en la sección respectiva del libro de Saha-

gún,<sup>13</sup> aunque podemos obtener muchas de las características físicas con las que los mexicas lo concebían (o lo figuraban) a partir de las múltiples representaciones plásticas que aparecen en varios de los códices que se han conservado.

En el *Códice Borgia*<sup>14</sup> Mictlantecuhtli aparece como un ser antropomorfo y semidescarnado de color blanco y con manchas amarillas en todo el cuerpo y en el rostro;<sup>15</sup> la cabeza corresponde a una calavera que porta un tocado con unos elementos de forma circular que podrían corresponder a la forma general de representar lo que en otras figuras se ha interpretado como cascabeles, pero que también corresponde a la forma exacta del ojo mismo de la calavera de este dios, lo que puede conducir a una serie de interpretaciones sobre los atributos de esta deidad.<sup>16</sup> Otros dos rasgos sobresalientes son la orejera y la nariz; la primera consiste en un elemento del cual cuelga una mano humana, y la segunda en un cuchillo o navaja de pedernal. También porta ajorcas y brazaletes con los mismos elementos circulares arriba mencionados, aunque más pequeños, y el último elemento que mencionaré es un pectoral formado con lo que parecen ser huesos cruzados (ver figura 1).

Por otra parte, en la lámina 3 del *Códice Fejérváry-Mayer* aparece una magnífica figura de Mictlantecuhtli (ver figura 2) con algunos otros símbolos asociados, cuyo texto explicativo dice:

En el quinto signo, el día Serpiente, el quinto Señor de la Noche, Mictlantecuhtli, el esquelético, que nos mira desde las fauces monstruosas de la tierra, va arrancando corazones y ojos: domina los asuntos del sentir y del saber, de la vida y de la muerte. Soga y cuchillo: cautiverio, castigo, ejecución y sacrificio.

Las púas de maguey están puestas en una joya: penitencia que tiene como resultado riqueza.

Hay que hacer las ofrendas debidas de rajadas de ocote y una pelota de hule.

El aspecto del dios, simbolizado por una encrucijada, es malo.

En el lugar de sustos y fantasmas, donde cruzan los caminos rojo y azul, está el tecolote que anuncia la muerte.<sup>17</sup>

Retomando el orden de ideas anterior a la descripción de algunas de las representaciones plásticas de Mictlantecuhtli, podemos pensar, como hipótesis general, que no había fiestas públicas particularmente importantes dedicadas a este dios (con excepción del sacrificio anual arriba mencionado), y en el caso de los rituales mortuorios (nota 9) parece evidente que éstos están más bien dedicados no al dios y a su manutención, sino al muerto mismo; a propiciar su viaje por los nueve niveles del inframundo y a auxiliarlo, y a propiciar que el difunto pase con bien por todos esos terribles lugares (por medio de los papeles que le “dan”). De esta manera, considero que a pesar de la probable importancia cosmológica de Mictlantecuhtli arriba mencionada, que se hace evidente en la profusión de sus representaciones plásticas, este dios posiblemente no tiene una “presencia cotidiana” importante en el mundo mexica; su actuación más cercana a la vida del hombre sólo se manifiesta en el momento de la muerte (si verdaderamente consideraban que el dios había venido a llevarse al difunto).

En relación con el culto a Mictlantecuhtli, Eduard Seler nos dice que “dada la naturaleza de esta deidad, no podía haber un verdadero culto, ya que para los vivos no tenía importancia. Quizá pudieran considerarse como una especie de culto, como ofrendas hechas al dios de la muerte,

las que se quemaban en las fiestas en memoria de los difuntos...”<sup>18</sup>

Aunque, por otra parte, este mismo autor afirma que en cierto códice aparecen

[...] dos imágenes de las que tal vez podemos inferir la existencia de un culto al dios de la muerte. Se trata del *Códice Magliabechi*... En la lámina 79 de este manuscrito vemos sobre un templo a una deidad de la muerte... Ante esta deidad hay penitentes que se están horadando la lengua y las orejas... es posible que esta deidad haya sido [otra]. Pero también puede ser que el penitente se haya representado a la muerte... a la cual se había expuesto a causa de sus pecados y que procuraba alejar mediante el autosacrificio.<sup>19</sup>

A pesar de todo lo anterior, hay un área en la que este dios tiene una presencia constante y cotidiana para el mexica, mismo que todo el tiempo estaba pendiente de las fuerzas capaces de beneficiarlo o perjudicarlo: a él, a la sociedad en la que vivía y, en general, al mundo. Se trata del tiempo, de los augurios positivos o negativos que podía tener la regencia de algún dios sobre alguno de los ciclos temporales. En este sentido creo pertinente mencionar que ya que Mictlantecuhtli es el dios regidor del décimo día del mes,<sup>20</sup> así como de la quinta hora nocturna,<sup>21</sup> su influencia, casi por necesidad fuerte y negativa, debe haber preocupado intensamente a la comunidad y al individuo. De esta manera, la imagen de la que nos habla Seler en la cita anterior puede tener otra interpretación: un ritual que se practica ante una imagen de Mictlantecuhtli, pero que en este caso más bien representa un ciclo temporal al cual se le hace un fuerte rito propiciatorio para neutralizar su nefasta influencia. Así, Mictlantecuhtli podía ser una presencia constante (o, al menos, cíclica) en la vida cotidiana del mexica, pero con un sentido más abstracto, el de una energía que daba ciertas propiedades a un unidad de tiempo.

Sin embargo, la verdadera función de Mictlantecuhtli —aquella en la que no hay ambigüedad y en la que todos los autores concuerdan— no tiene que ver con el hombre vivo en esta tie-

rra, sino con el hombre muerto, es decir, con sólo una parte del hombre, aquella que, a su muerte, viaja “al lugar obscurísimo que no tiene luz”,<sup>22</sup> al Mictlan; esta “parte del hombre” correspondía a lo que los mexicanos llamaban *yóllotl*, que se puede traducir por “corazón”, aunque “no el corazón material, sino un ‘corazón formal’, que es la individualidad o persona de cada hombre”.<sup>23</sup>

Por otra parte, para los que tienen alguna muerte “gloriosa” el lugar al que se dirigen hace que no tengan nada que ver con este dios (tal vez sólo en el momento del abandono de la carne),<sup>24</sup> pues estos hombres y mujeres no tendrán que enfrentarse a la muerte final, a la verdadera muerte.

Sin embargo, existe otra interpretación, ya que Michel Graulich nos dice que:

Sahagún presenta el Mictlan como un destino final al cual iban únicamente los difuntos sin mérito. La verdad es diferente. Parece definitivamente que *cualquier difunto, quien quiera que fuese, bajaba al Mictlan y se convertía en un “descarnado”*. Las personas sin mérito, sin suficiente fuego interior, no volvían a salir, convirtiéndose en podredumbre; se transformaban en bestias inmundas o desaparecían. Para el resto, el elemento ígneo era bastante importante para hacerles ascender a la Casa del Sol o al Tlalocan. Solamente en estos dos, la muerte era vencida, “conquistada” [...]

No era necesario morir realmente en la guerra o sobre la piedra de los sacrificios para convertirse en compañero del sol. Al igual, sin duda, que no era necesario ahogarse, ser herido por el rayo o morir de una enfermedad “acuática” para ir al Tlalocan, porque se podían sufrir muertes simbólicas gracias a las víctimas que los sustituían, pero éstas eran singularmente atributo de los nobles y de las personas de las clases dirigentes [...]”<sup>25</sup>

Esta interpretación podría verse apoyada por la cita que dice: “Así, el primer lugar (al que iban) era el Mictlan. Y ahí en el Mictlan yace, ahí está Mictlantecuhtli...”<sup>26</sup> Sin embargo, más adelante el mismo pasaje nos dice: “Y allá van, al Mictlan, aquellos que mueren en la tierra, los que sólo de enfermedad mueren...”<sup>27</sup>

Si la primera interpretación que menciono —que es la más aceptada— es la correcta, entonces eso significaba que el hombre prácticamente no tenía ninguna forma de “control” sobre su destino *post mortem*. Ciertamente, si alguien se dedicaba principalmente a la guerra tenía más probabilidades de llegar al “Cielo del Sol” al ser muerto en combate que, por ejemplo, un artesano, quien tenía una mucho mayor posibilidad de morir por alguna enfermedad. Lo anterior, aunado al hecho de que no parece haber un solo dato en el sentido de que Mictlantecuhtli tuviera ninguna injerencia en la forma de muerte acaecida a alguna persona, y por tanto, en su destino final, hace que este dios deba ser reconsiderado desde diversos puntos de vista.

Uno de ellos es, obviamente, en qué sentido es Mictlantecuhtli un dios de la muerte para el pueblo mexica, es decir, tanto para el individuo como para la sociedad en su totalidad. Por lo anteriormente planteado, parece ser que ni el momento de la muerte de un hombre ni el destino individual *post mortem* residían en las manos de esta deidad. Por otra parte, tampoco hay ningún indicio (en lo revisado hasta ahora) que permita pensar que Mictlantecuhtli *causaba* la muerte,<sup>28</sup> ya que ésta perfectamente podía tener otra naturaleza y otro origen.<sup>29</sup> En este sentido, también vale la pena detenerse para revisar el significado de la palabra “mictlantecuhtli”. Vayamos de derecha a izquierda (según nos marcan las reglas gramaticales del náhuatl): *tecuhtli*, significa “señor”; *-tilan*, “lugar de”, y *mic*, que es la raíz de “morir”, “muerto”; por lo tanto, “Señor del lugar de los muertos”. Así, el nombre del dios no nos aporta nada en el sentido de que sea él el causante de la “muerte de la carne”.

De esta manera, se propone que en el mundo mexica y en un sentido Mictlantecuhtli sólo representa para los hombres algo muy lejano; un dios cuya función principal se ejerce no para todos los hombres y, si es el caso, en un futuro incierto y remoto, es decir, en el momento en que el difunto llega al noveno nivel del inframundo y se encuentra ante el dios. Acto se-

guido, su individualidad, su ser-hombre, se disolverá.

Además de lo anterior, si es correcto lo que sostiene Graulich en relación con que era posible morir simbólicamente en otro, muchos hombres tendrían asegurado un destino ulterior agradable, sin enfrentarse nunca, como individuos, a Mictlantecuhtli, por lo que éste es cada vez una figura más lejana, y un efecto colateral de esto es que no parecería entonces tan importante invertir grandes recursos humanos y de trabajo en el culto de un dios tan alejado de las necesidades más cotidianas. Por ello, quizá, Mictlantecuhtli haya tenido un culto relativamente menor, tanto individual como en las fiestas públicas.

En otro orden de ideas, es en la concepción de Mictlantecuhtli de la manera más abstracta donde posiblemente se encuentra uno de los significados del principio de muerte que tiene la mayor influencia e importancia en el mundo náhuatl, trascendiendo la muerte individual con sus connotaciones negativas.

Con lo anterior me quiero referir al principio que da un balance al cosmos, el cual permite la existencia de ciclos de nacimiento-vida-declinación-muerte-renacimiento. Ciclos en los cuales todo el comportamiento del mundo se puede comparar con el del día y el de la noche.

Por esta razón opino que Mictlantecuhtli no sólo debe verse como un ser negativo, que trae sufrimiento y disolución, sino, tal vez, como una parte del cosmos que, con ese nombre, “encarna” una fuerza *positiva*, ya que es el opuesto complementario de la vida, y también en el sentido de que ambos conceptos se definen mutuamente, así como en el de que sólo la muerte permite un renacimiento, de la misma manera que el dormir permite el despertar; y además, que su existencia crea el movimiento y el tiempo, pues éstos, como sabemos, no existen en la mente náhuatl como algo lineal, sino cíclico.

Para finalizar, considero que posiblemente lo que debe caracterizar de la manera más fuerte y profunda a la concepción del hombre mexica de

Mictlantecuhtli se relaciona con la muerte en un sentido individual, pues, por lo antes expresado, la muerte en el mundo náhuatl parece ser un asunto muy relativo; de esta manera, creo que si la idea del mexica hubiera sido que todos los hombres “perviven” después de la muerte, es decir, que su individualidad, su *yóllotl*, hubiera sido de alguna manera inmortal (un poco semejante a la noción judeocristiana del alma), la actuación de un dios como Mictlantecuhtli hubiera tenido, tal vez, un énfasis en el momento de la muerte de la carne; sin embargo, dada la diferencia del destino *post mortem*, el cual dependía de la forma de morir, la promesa de una existencia de deleites o, por el contrario, de penurias y grandes sufrimientos, *no parecen ser en realidad esencialmente distintas*. Lo que sí produce una distinción esencial es la alternativa de una vida perdurable de la conciencia individual y, por otra parte, la de su disolución. Por lo anterior, considero que es precisamente *la conciencia de la posibilidad de la disolución propia* la que debe caracterizar de manera más profunda la concepción mexica de Mictlantecuhtli. Todo esto, reitero, considerando la muerte en un sentido individual.

Esta “disolución final”, en la mente del mexica, podría implicar, por un lado, un vacío, una desaparición de la energía del hombre, un sentido negativo o, alternativamente, podría concebirse en un sentido positivo, la disolución de la unidad individual al incorporarse a una entidad mayor, tal vez a una energía de muerte global. En el primer caso, que parecería ser el más interesante, nos enfrentamos, entonces, con una deidad que implica la potencia del vacío, de la nada, del No-Ser, en un cosmos, por otra parte, siempre “positivo” en este sentido.

De esta manera, el trabajo que en realidad pudiera dar una visión de este enfoque del dios de la muerte se encuentra enormemente lejano de las pretensiones del presente ejercicio, e implicaría conocer con gran profundidad el pensamiento popular y el de la elite mexicas, así como tratar de establecer las relaciones de Mictlantecuhtli con diversos grupos de deidades (celestes, terrestres,

y otras del propio inframundo, como la propia Mictlantecihuatl, etcétera) y poder encontrar, así, la significación más profunda y más amplia del concepto, el valor y, sobre todo, la vivencia de la muerte en el mundo náhuatl.

### Notas

\* Este texto, con ligeras modificaciones, fue presentado como trabajo final de la asignatura Religiones maya y náhuatl, impartida en el Posgrado en Estudios Mesoamericanos por la doctora Martha Ilia Nájera Coronado.

<sup>1</sup> El nombre de este dios obviamente tiene la misma raíz que el verbo "morir", *miqui*.

<sup>2</sup> Porque no necesariamente un "señor del inframundo" tiene que ser al mismo tiempo un dios de la muerte, pues es perfectamente factible pensar que puede haber dos entidades, una que se encarga de la muerte de los hombres y otra cuya función pudiera ser la de regir en el ámbito del inframundo y, en todo caso, provocar o la "muerte de los muertos", su desaparición o, podríamos llamarle, su disolución como entidad unitaria o, en último caso, que sólo la segunda entidad es necesaria en la estructura general de la religión mexicana.

<sup>3</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, p. 205. (El énfasis es mío.)

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>6</sup> Que puede significar algo relacionado con "goteas", "algo que gotea" o, por otra parte, con "descuidado", "negligente", "abandonado", según Rémi Siméon y Fray Alonso de Molina.

<sup>7</sup> Que se relaciona con la palabra *tlilli*, y que significa "color negro", según el *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, de Rémi Siméon; y según el vocabulario náhuatl de Molina, "Tinta". En todo caso, está en un sentido relativo al color negro u oscuro.

<sup>8</sup> Fray B. de Sahagún, *op. cit.*, apéndice II, p. 159. (El subrayado es mío.) Estoy asumiendo, por otra parte, que la mención del *dios del infierno* se refiere a Mictlantecuhltli, ya que así se le llama en otros puntos del texto de Sahagún.

<sup>9</sup> Fray B. de Sahagún, *op. cit.*, pp. 206-207.

<sup>10</sup> Mercedes de la Garza, *El hombre en el pensamiento religioso náhuatl y maya*, p. 92.

<sup>11</sup> Ver p. 41.

<sup>12</sup> *Florentine Codex*, Libro VI, p. 116, citado en M. de la Garza, *op. cit.*, p. 100.

<sup>13</sup> Fray B. de Sahagún, *op. cit.*, pp. 883-892.

<sup>14</sup> *Códice Borgia*, lámina 15.

<sup>15</sup> Sabemos que en Mesoamérica, en general, una forma de representar plásticamente a la muerte —o a alguien muerto— consistía en colocar manchas (posiblemente de podredumbre) en los cuerpos.

<sup>16</sup> Ver, más adelante, la cita del texto explicativo que acompaña a la figura de Mictlantecuhltli que aparece en la lámina 3 del *Códice Fejérváry-Mayer* en relación con los corazones y ojos; de ahí el dominio de esta deidad sobre el sentir y el saber.

<sup>17</sup> *El libro de Tezcatlipoca, Señor del Tiempo (Códice Fejérváry-Mayer)*.

<sup>18</sup> Eduard Selser, comentarios al *Códice Borgia*, p. 99.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>20</sup> *Códice Borgia*, lámina 13.

<sup>21</sup> *Códice Borgia*, lámina 14.

<sup>22</sup> Fray B. de Sahagún, *op. cit.*, p. 205.

<sup>23</sup> M. de la Garza, *op. cit.*, p. 90.

<sup>24</sup> Esto es, si verdaderamente Mictlantecuhltli tiene una real "actuación" en el momento de la muerte "primera", como lo hace pensar —si acaso— la cita de la nota 4.

<sup>25</sup> Cf. Michel Graulich, *Mitos y rituales del México antiguo*. (El subrayado es mío.)

<sup>26</sup> Alfredo López Austin, "Los caminos de los muertos", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. II, p. 142. (El énfasis es mío.)

<sup>27</sup> *Idem*. (El énfasis es mío.)

<sup>28</sup> Con la posible excepción de la cita de la nota 4, misma que, por otra parte, se puede interpretar de distintas formas, por ejemplo, "ya que llegó la hora de la muerte de un individuo, Mictlantecuhltli procede a llevar a cabo su función, sin que la muerte haya llegado por su intervención".

<sup>29</sup> Esto es, en el sentido de que no parece haber nunca un comentario acerca de que hubiera una actuación voluntaria directa del dios en la muerte de un individuo particular.

### Referencias

*Códice Borgia*. 3a. ed. Ed. y comentarios de Eduard Selser. México, FCE, 1993.

*El libro de Tezcatlipoca, Señor del Tiempo (Códice Fejérváry-Mayer)*. Introd. y explicación de Ferdinand Anders, Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez Jiménez. Austria/México, Akademische Druck- und Verlagsanstalt/FCE, 1994.

Garza, Mercedes de la, *El hombre en el pensamiento religioso náhuatl y maya*. México, UNAM, CEM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1978.

Graulich, Michel, *Mitos y rituales del México antiguo*. Madrid, Colegio Universitario/Istmo, 1990.

- López Austin, Alfredo, "Los caminos de los muertos", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. II. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1960.
- Molina, Fray Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*. 3a. ed. Estudio preliminar de Miguel León-Portilla. México, Porrúa, 1992. (Biblioteca Porrúa, 44)
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Ed. de Ángel María Garibay K. México, Porrúa, 1992. (Col. Sepan cuantos..., 300)
- Siméon, Rémi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*. 13a. ed. México, Siglo XXI, 1996. (América nuestra)